REVISTA EUROPEA.

NÚM. 71 — 4 DE JULIO DE 1875. — AÑO II.

LA HISTORIOGRAFÍA EN ALEMANIA.

E. H. Lecky, en su *History of the rise and influence of the spirit of Rationalism in Europe*, dice, que el aletargamiento político en que se hallaba Alemania, entra, y no en pequeña cantidad, como uno de los factores principales á que debe atribuirse la importante superioridad que muestran los filósofos alemanes en la indagacion de las verdades abstractas (1). Y, en efecto, parece que existe cierta correlacion entre el estado político de un pueblo, que concentra y resume todas sus facultades en un fin determinado cuya regla y ley principal está en el valor positivo que debe gozar todo lo que se haya adquirido, con aquel otro pueblo que, puesto en circunstancias diferentes y hasta opuestas, no se siente preocupado por una cuestion predominante, ni absorbido por el constante propósito de dirigir todos sus talentos y facultades á un fin siempre principal, ni tiene tampoco por qué detener el vuelo de su entendimiento cuando los resultados que éste discurre no se encuentran inmediatamente probados y aplicados en su vida pública.

El pueblo que ha alcanzado una plenitud política, tiene que considerar todo aquello que no contribuye ó aumenta el movimiento complicado de su política de un modo favorable, como inútil y tal vez tambien como peligroso para su existencia, estribada toda ella en el desenvolvimiento lento y paulatino de los gérmenes que puedan convenirla, y rechaza á todo otro elemento innovador, cuya admision pudiera perturbar su marcha tranquila y ordenada. Además, este sentimiento público penetra con tal intensidad en el espíritu creador de todos los que componen ese pueblo, y predomina con tal fuerza en todas sus concepciones, que el pensamiento se encuentra siempre cohibido por esa necesidad como [illegible] puede campear con toda libertad, dentro de sus [illegible]s límites, sino en concierto y armonía con la preocupacion general. En este pueblo sólo se estima, aún más, sólo se produce lo que favorece y conviene á la vida pública, su primera y más importante necesidad, y la medida con que se aprecia y avalora la produccion intelectual, es la utilidad. No se explica aquí la existencia de un pensamiento sin la verdad de su aplicacion, y se olvidan—mejor dicho, no existen,—las concepciones que se mueven en esferas vacías de realidad tangible y que para nada atienden á la posibilidad de ser aplicadas.

Si un pueblo, por el contrario, está totalmente sumergido dentro de los profundidades de su pensamiento y de su conciencia, y no llega á sus individuos el oleaje incesante del cruzar de las opiniones públicas, cuya unidad íntima, lo mismo que sus choques y encuentros, le son completamente ignotas; si nada sabe de la vida que á su mismo lado otros pueblos llevan, y no existen dentro de su seno, ni sentimiento público, ni contacto exterior, sino sólo un silencio sepulcral que va poco á poco destruyendo las condiciones de lo que llamamos vida pública, el carácter de ese pueblo toma entónces un sesgo especial. Careciendo de roce y de mutuo contacto, las concepciones que en él ocurren no se sienten detenidas por ninguna especie de ley comun, y no tienen por qué pensar en su aplicacion efectiva. El pensamiento no se mueve dentro de esferas homogéneas, y aislado por completo de la vida exterior, cuya naturaleza en nada le afecta, produce sus concepciones sin cuidarse para nada del medio que le rodea, y sin aspirar tampoco á que se verifique su aplicacion en esferas externas, tan distintas de aquellas que le son propias. Aquí no existe la vida pública, sino sólo la íntima del pensamiento, y andan las manifestaciones de éste completamente dislocadas con las necesidades de aquella cuya primera forma debiera ser iniciar su existencia.

En el pueblo político donde todos viven al mismo tiempo, donde hay una comunicacion permanente entre todas las manifestaciones del espíritu, se siente el imperio del conocimiento detenido de todos los hechos y de todos los actos del hombre, y se quiere penetrar en las causas que los impulsaron, en la aplicacion que de ellos se hizo, y se forma la *Historia*.

En el segundo, donde no hay política, donde el espíritu yace en un sueño, del que no puede despertarle el tumulto de los partidos, porque no existen, piensa el hombre con independencia absoluta, y deduce sin preocupacion que le domine todas las consecuencias que se desprenden de los principios fundamentales, que él supone rigiendo á las determinaciones de su pensamiento. No hay nada que pueda servir de piedra de toque á las concepciones del entendimiento, ni tampoco una preocupacion general que se imponga como si fuera una primera necesidad. La vida, como hemos dicho, es completamente interna, está recogida en sí misma, sosteniéndose de su propia naturaleza, y careciendo de la comunicacion recíproca

(1) Third Edicion. London, 1866.

que tiene lugar en los pueblos políticos. Como no hay vida general, no hay necesidad del conocimiento de los actos de ésta, y por consiguiente, no hay *Historia*. Pero si las cualidades de ese pueblo van acompañadas de condiciones ventajosas y de dotes especiales, el espíritu tiende hácia otras regiones, y puede, como Alemania, por ejemplo, producir la *Filosofía*. En este sentido es completamente cierta la afirmacion de Lecky.

Mas conviene no olvidar que esto no ocurre de una manera absoluta, sino siempre en sentido relativo. Inglaterra, por ejemplo, puede servirnos para esclarecer el primero de los casos de que hablamos, y Alemania para el segundo. Nádie seguramente podrá sostener con viso alguno de razon, que no ha habido filosofía en Inglaterra; pero sin tomar la cuestion en términos tan absolutos, puede demostrarse con toda comodidad que la filosofía inglesa ha sido en todo tiempo eminentemente política, empezando desde el canciller Bacon, y concluyendo por el historiador Hume, que siempre han pensado en la utilidad de sus principios para la vida pública. De los modernos no citaremos á ninguno, porque no hay quien se haya visto libre de esta legítima preocupacion que embarga á todo ciudadano inglés.

Que en Alemania no ha existido movimiento político alguno hasta hace muy poco tiempo, es para todos muy sabido, y no hay razon para insistir en su demostracion. Si esto es sabido, no lo es ménos el movimiento filosófico que se presenta desde Leibnitz, y muy particularmente en los últimos años del siglo pasado y primeros del presente. En cambio la Historia tenia una existencia tan efímera que no merece se la considere con este nombre, y vemos que empieza á formarse cuando la conciencia general empezó tambien á despertarse y á traducirse en la vida pública.

Esto no pudo tener lugar hasta que se hubieron resuelto otros problemas de no ménos importancia para la vida de aquel pueblo, y que eran como los antecedentes indispensables de su vida política. Desde que los Habsburg convirtieron los intereses del sacro imperio romano en cuestiones de familia que debían siempre prevalecer sobre todo otro interes político y nacional, se inició la descomposicion orgánica de aquel Imperio, cuya forma exterior empezó á hacerse notoriamente insostenible, hasta que más tarde, estallando la division de su unidad interior con el movimiento de la Reforma, había de confirmarse con la guerra de los treinta años la imposibilidad de seguir con la misma existencia que hasta entónces tenia. La paz de Westphalia, que pone realmente término al sacro Imperio, porque engendra dentro de éste elementos opuestos á los que él sustentaba, abre un nuevo período en la historia del pueblo aleman y trasforma por completo el curso que éste debia seguir en u historia. Saca del seno del antiguo Imperio otro nuevo pueblo, que desde sus primeros pasos, aunque sólo de una manera vaga, presentía ya que sus aspiraciones habian de ser muy diversas.

En efecto, el uno y el otro empezaron á dirigir sus miradas hácia objetivos diferentes. El antiguo Imperio parece que quiso reducir toda su ambicion al dominio de los Estados italianos que tanto había codiciado, y el nuevo pueblo, informe todavía, á la vez que se va reconcentrando para sacar de sí mismo condiciones que favoreciesen su movimiento, y en medio del estado fragmentario é individual en que se hallaba, dirige su mirada hácia dos puntos principales que necesariamente habían de ser teatro de su accion, Francia y Polonia. Hácia Francia miraban temerosos de su libertad religiosa los Estados occidentales de Alemania, y hácia Polonia, los orientales, representados principalmente por el Elector Federico Guillermo de Brandenburgo. Recompuestos éstos por este príncipe y arrancados los que aún continuaban bajo la mano de Polonia, el jóven estado prusiano acude tambien al occidente en la defensa de Alemania y Holanda, y lucha casi solo contra el poder de Luis XIV.

Prusia empieza así desde su primer momento de existencia á unir su suerte con la de Alemania, y á presentarse en frente del antiguo imperio y de la Europa toda, como que la defiende, y como el caudillo de los Estados alemanes. De este sentimiento nunca se desprendieron los sucesores inmediatos del Elector, y sólo faltaba convertir esta union religiosa en union política, cuya iniciacion realizó Federico II al despojar en sus Estados á la Iglesia dominante del imperio que en casi todas las esferas de la vida ejercían, particularmente en la intelectual, construyendo de este modo las vías de la política moderna.

Mas este era un camino largo, y aunque desde el primer instante produjo la alianza de la Alemania del Norte, la vida política, tomado este término en su verdadero sentido, tardaba todavía en realizarse, y se necesitaba aún concluir con las trabas infinitas del sistema feudal que quedaban confundidas y revueltas con las innovaciones que el tiempo iba produciendo. Sólo la obra de muchos años podía purificar unos elementos de otros, y sólo algun gran acontecimiento que pusiera en peligro la existencia general de Alemania, era capaz de fundir en un solo deseo la aspiracion de todos los pechos alemanes.

La primera vez que la nueva Alemania sintió palpitar en su pecho el sentimiento de su solidaridad sin ser impulsada por una causa religiosa, sino por la conciencia de su unidad nacional, fué en la guerra de su independencia. Hasta aquí sólo habían existido alianzas momentáneas con objeto de combatir por un interes particular, y no se había convertido el patriotismo á la verdadera causa que aquel pueblo debía sostener: Alemania y su libertad. Por el contrario, no sólo estaba reducido este sentimiento á los límites estrechos

de cada Estado, y esto sin gozar de gran entusiasmo por el contrasentido que el hecho envolvía, sino que dominaba un cosmopolitismo tal entre algunos de sus primeros hombres que borraba por completo el amor nacional. La historia nos ha demostrado que esto fué necesario y hasta conveniente para favorecer la extincion de los intereses particulares que todavía estuvieran adheridos á algun Estado particular, y para dar á Alemania la maravillosa flexibilidad que tiene para asimilarse los elementos y las producciones de los otros pueblos; pero este estado de cosas fué sin duda el que contribuyó á la decadencia nacional que tuvo que sufrir para resucitar su patriotismo y el sentimiento de su libertad.

Efectuada la resurreccion nacional, y llegado el momento en que el pueblo aleman despertó del olvido de sí mismo, el sentimiento conquistado no podía ya desaparecer. Convencidos todos de su unidad política, comienza un nuevo período de cohesion que de dia en dia exige que la unidad interna revista una forma exterior, que sancione á esa comun necesidad. Mucho se ha trabajado para adquirirla, y por último, veintidos años despues del ensayo de Francfort, Germania, volviendo por su santo derecho, unió la suerte de todos sus hijos en el nuevo imperio aleman. La guerra de la independencia trajo por resultado la creacion de la vida política, y uniendo á esto algunos otros factores que despues se mencionarán, se ve que al mismo tiempo que su vida pública, empieza á desarrollarse su Historiografía. Esta no se presenta ciertamente completa y perfecta, sino que tambien van influyendo en su formacion otros muchos elementos que cooperan á la obra comun.

La Historiografía alemana tiene dos períodos: uno que comienza con los primeros historiadores de Göttingen, y otro con la fundacion de la Sociedad histórica en 1819 por Von Stein. El primer período se distingue del segundo en que el camino que sigue no es propiamente el del historiador, y en que sirve como de preparacion al segundo. Los primeros historiadores se resienten de dos defectos principales: el ser por una parte historiadores provinciales, y por otra ser sus obras, más bien que historias, archivos de noticias y de detalles, que tienen además un carácter filológico muy marcado. Careciendo todavía de verdadera vida pública y no encontrándose impulsados interiormente por la necesidad que en otros pueblos, como en Francia é Inglaterra existia, adoptaron esos historiadores el método pragmático seguido por la escuela inglesa, y que se hallaba en mejor armonía con sus sentimientos y creencias, análogos en espíritu y religion á los de sus modelos ingleses.

La mayor parte de estos historiadores eran del Norte de Alemania, y florecieron principalmente en la universidad de Göttingen. Aquí encontramos á los Pütter, Möser, Schlözer, que con los Spittler, Gatterer y algunos otros siguen casi siempre á los historiadores ingleses, si bien dando á sus obras un sello particular, efecto del estado especial en que se encontraba el pueblo aleman. Todo este período que comprende propiamente desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta 1819 en que se fundó la Sociedad histórica, se resiente de la imperfeccion política en que se hallaba Alemania, y por grandes que fueron los esfuerzos de los historiadores para librarse del peso de las circunstancias, sus obras tuvieron siempre un carácter particular y estrecho, áun cuando alguno, como Schlözer, pretendiera hacer una historia universal. La manera que tenian de estudiar los hechos humanos y el poco interes que éstos despertaban en la conciencia del pueblo, hacian que las obras de ese período interesaran solamente al erudito y al filólogo, y que no ejercieran ninguna accion en los sentimientos nacionales.

Las obras de J. Müller, ricas en datos y noticias, abundantes en numerosos hechos hasta entónces desconocidos, y compuestas con verdadero sentimiento estético en un estilo brillante y sostenido, entran, á pesar de todas estas condiciones favorables en el primer período, porque no basta el estilo para convertir un catálogo de noticias nuevas y de hechos desconocidos en obra propiamente histórica, y porque faltaban además á J. Müller ideas generales con que dar vida y animacion á sus obras, que sólo parecen esqueletos y armazones artificiales. Entran tambien con más razon en este período las obras de Heeren y Meiner, y las históricas de Schiller que carecen de crítica y de vida interior y natural, por más que estén escritas en forma sencilla y elegante.

Las facultades más extraordinarias y más favorables se hubieran reunido inútilmente para producir lo que propiamente puede llamarse una historia. La vida real y exterior era extraña y desconocida para el pueblo aleman, y los genios y los grandes talentos que en su seno se destacaban, no podían moverse con libertad en un medio casi misterioso para ellos, y que realmente no ejercia sobre ellos ninguna atraccion. El espíritu se recogía en sí mismo, y allí dentro, donde no le detenían los límites de la vida real, daba rienda á todos los impulsos y á todas las excitaciones de su alma, que despues de todo correspondian mejor á las necesidades de su vida interna, única que podía interesarle y preocuparle. Las dos formas que sirvieron para recibir todas las manifestaciones del espíritu aleman en esos momentos, fueron la Poesía y la Filosofía.

Si la Historia no existía, en cambio florecian en estas circunstancias la Poesía y la Filosofía, que no sólo respondieron mejor al estado psicológico en que se encontraba Alemania, sino que cumplieron una altísima mision. La necesidad que entónces se palpaba era de unificar en una sola alma todas las que compo-

nian separadamente la nacion alemana; era preciso fundirlas en un solo sentimiento, en el mismo pensamiento, en las mismas aspiraciones, y establecer entre los diferentes Estados un lazo más estrecho y más íntimo que el que hasta entónces habían tenido. El lenguaje había tomado tambien, por la magistral traduccion de la Biblia hecha por Lutero, una direccion determinada y segura, que á fuerza de grandes trabajos consiguió imponerse á los numerosos dialectos que todavía existían. Faltaba ahora reunir todos los pechos en un mismo sentimiento, y vinieron Schiller y Gœthe á realizarlo con sus poesías; se necesitaba tambien que todos los cerebros tuvieran una direccion comun del pensamiento, lo cual consiguieron Kant, Hëgel y Fitchte por la filosofía; y por último, realizada ya la fusion de los alemanes, correspondía que ésta no quedara en las regiones del pensamiento y del sentimiento, sino que la union se estableciera en el mundo real y en la política, para lo cual aparecieron el baron de Stein y el célebre Blücher, encomendándose el primero principalmente de lo político y de lo administrativo, y el segundo de la reorganizacion militar de la gran guerra en donde ganó Alemania su libertad y fundó para lo futuro su unidad exterior; porque del mismo modo que podría decirse que el Sacro Romano Imperio murió en Westphalia, y no en 6 de Agosto de 1806, la unidad de Alemania se formó en la guerra de la independencia y no en Versalles. Estos hechos posteriores son simplemente una sancion formal, á lo que ya era sabido por el mundo entero.

Despues de esa guerra apareció como hecho incontestable la resurreccion del sentimiento nacional, y al mismo tiempo que éste, por consecuencia, la vida política. En esta época, Von Stein, que tantas veces supo interpretar los sentimientos y las aspiraciones de su pueblo, dió una prueba más de su grandísima penetracion al fundar la Sociedad histórica, que tantas glorias había de dar á la patria comun. Este era, en efecto, el momento oportuno para que Alemania pensara en su Historia y en la de los otros pueblos, y ahora sólo podía sentir esa nacion la necesidad de interpretar la vida histórica y la enseñanza que de ella se desprende.

La mision de esta Sociedad consistía principalmente en investigar en Alemania y en el extranjero todos los documentos y todas las relaciones que interesaran á la historia del pueblo aleman. Este trabajo era el que debía preceder á toda empresa ulterior de reunir en un solo cuerpo la exposicion histórica de su vida pasada, el cual á su vez debía estar convenientemente preparado con otros antecedentes que sirvieran para ir borrando los antiguos errores y los antiguos defectos contraidos en tiempos pasados.

Guillermo von Humboldt señala lo que propiamente compite al historiador; Herder colecciona las canciones populares con el significativo nombre de *Voz de los pueblos*; Federico Augusto Wolf desentraña de la poesía los elementos tradicionales que la oscurecían, analiza la relacion y estrecho parentesco que existen entre un pueblo y su poesía, y convierte á la filología en ciencia filosófica; los hermanos Grimm fundan la filología germánica; los Humboldt, Bopp y otros la filología comparada; Niebuhr trasforma la historia romana por medio de la crítica de Wolf y funda la escuela histórica de Savigny.

Así por todas partes afluyen numerosos elementos, que, partiendo tal vez de puntos diversos, se reunen para producir una corriente comun, cuya direccion final debía traernos la Historiografía. Todos los pasos estaban ya dados, y para su complemento indispensable tiene tambien lugar el conocimiento científico de la Geografía, de la Etnografía y de todas las otras ciencias que há menester el historiógrafo. Este comienza dándose cuenta de las épocas más remotas, y sus primeras tentativas se refieren principalmente á los tiempos primitivos, á la formacion de los primeros elementos históricos de los pueblos, á la historia romana y á la historia griega.

La publicacion de los *Monumenta germaniæ*, por Pertz, constituye una nueva faz en la Historiografía alemana, porque abre á la exploracion horizontes completamente nuevos, y llama la atencion de los historiadores futuros hácia los fastos de la patria alemana. Al mismo tiempo que Pertz, que es como el explorador, se presentan Leopoldo von Ranke y Federico Schlosser, tratando el primero con singular maestría los acontecimientos que se refieren al siglo XVI y XVII, y el segundo los del siglo XVIII, y distinguiéndose sobre todo este último en su célebre Historia universal, que es la mejor de cuantas existen.

Leopoldo von Ranke, profesor de la universidad de Berlin, es sin duda alguna el primer historiador aleman. Sus principales obras, Historia de la Reforma, Historia de los Papas, la de Francia é Inglaterra en el siglo XVI y la de los Principados del Sur de Europa, son obras maestras, donde el espíritu más exigente halla poco que desear. El estilo tranquilo y elevado de su forma, la serenidad con que expone los mayores acontecimientos, la imparcialidad inquebrantable de sus juicios y el ingenio profundo con que descubre el encadenamiento político de los hechos, son prendas, que con otras más que le adornan, le hacen un historiógrafo de primer órden. Las fuentes principales de que se sirve, y que hasta su tiempo no fueron muy estudiadas, son los documentos diplomáticos, con los cuales se abre camino para la explicacion de hechos cuyas causas hubiéramos ignorado eternamente. Además de estas nuevas fuentes de que se ha aprovechado frecuentemente en sus obras, tiene el rarísimo don de conservar en la exposicion un aplomo admirable, que nunca le hace perder el conocimiento de la objetividad. Describe con gran sencillez y elegancia, y cuando

leemos alguno de sus retratos, el de San Ignacio de Loyola, por ejemplo, no se nota una sola frase que sóbre ó una palabra que falte para vivificar mejor el retrato.

Escudriña los misterios aparentes que envuelven el órden íntimo de los sucesos, y va poco á poco desenmarañando la confusion que los oscurece, sin prisa ni precipitacion, como el químico que descubre los elementos simples de un cuerpo compuesto. No se deja arrastrar un solo momento por la impresion que tal ó cual hecho puede producirle, y se mantiene en una actitud imperturbable, que traduce despues en su estilo tranquilo, culto y elevado. No hay en él calor, fuerza ni entusiasmo; no siente, mejor dicho, no demuestra las alegrías de su espíritu al ver á la humanidad tomar este ó el otro curso, y refleja en su exposicion la marcha misma de la Historia, pareciendo á veces que es esta misma la que se desenvuelve y la que habla. Esto, que algunos consideran como defecto, es, por el contrario, una garantía de su fidelidad y de su decidido amor á la verdad (1).

En la preparacion de sus materiales demuestra una solicitud extremada, que no perdona el documento más insignificante que pueda esclarecer en algun punto el objeto de que se ocupa. Es tan celoso en la crítica de documentos y de escritos, que su método, severo y serio siempre, tiene momentos en que parece exagerado y demasiado exigente. En la crítica que ha hecho de otras historias, en la de Guicciardini, por ejemplo, indica todo el escrúpulo y toda la sinceridad que él emplea al hacer sus obras. Es incansable en el trabajo, y hoy, anciano ya de 80 años, no ha sosegado todavía en sus faenas, empezadas desde 1824, y siguen sus facultades intelectuales ostentando el mismo vigor y la misma fecundidad que en sus mejores años.

Federico Augusto Schlosser (1776-1861), cuya ciencia y vasto saber son proverbiales, representa, con Pertz y Ranke, la escuela modelo de la historiografía alemana. Así, como Pertz descuella por sus trabajosas exploraciones, y Ranke por su gusto exquisito y severo en la composicion, Schlosser sobresale por la unidad de sus miras, la extension de sus conocimientos y la fuerza de su estilo. En su Historia del siglo XVIII, y mejor aún en la universal, demuestra un gran talento sintético que ordena y sistematiza todos los acontecimientos en su relacion con todos los elementos de cultura. No se detiene en la parte meramente política de los hechos y en su trabazon interior, sino que descubre el enlace que tienen con la vida toda y con las acciones intelectuales que lo producen. Hace una especie de historia de la cultura; pero sin limitarse á su parte científica ó artística, pues la une á la vida política de la humanidad, y del juego y relacion de todos estos elementos saca su Historia universal. Dotado además de gran vivacidad, reproduce los cuadros históricos con una expresion animada y correcta, y así aparecen en lo que escribe llenos de colorido y de belleza. Sin dejarse arrastrar por el curso de los acontecimientos, y guardando siempre clara objetividad de ellos, que no le permite confundir sus sentimientos y sus simpatías con realidades históricas, su espíritu se conmueve, y hasta se entusiasma, segun va descubriendo el movimiento progresivo que la Humanidad sigue en su camino.

De esto nace que su estilo sea animado, vivo y lleno de expresion, en medio de su desaliño. Hay en sus obras fuerza y energía; en las descripciones es sucinto y rápido, y en la expresion gráfico y preciso. Ni una sola vez se cansa, ni en una sola ocasion cambia de manera, y por eso su Historia universal, que tiene diez y ocho volúmenes, parece hecha de una plumada y con el mismo entusiasmo. No se crea, sin embargo, que es uniforme y monótono, pues hay en sus exposiciones una verdadera entonacion que parece resonar al traves de los negros y góticos caracteres de la palabra impresa, de tal suerte que nos imaginamos oir un discurso: tan adaptado está el tono á los actos y á las circunstancias que relata.

Ranke y Schlosser, ambos grandes historiadores, siguen, sin embargo, un procedimiento diferente en la manera de tratar la historia. Cada uno por su parte y considerado aisladamente, parece llenar las condiciones que deben exigirse al historiador, á pesar de las faltas y defectos que en ellos se notan; los dos son completos y acabados, y marchan, no obstante, en distintas direcciones. El ideal aquí sería fundir estos dos métodos en uno solo, y tal vez entónces tendríamos á la historiografía en su mayor esplendor; pero hasta que venga uno que reuna las condiciones que se encuentran en Schlosser y Ranke, los historiadores modernos alemanes encontrarán siempre, en cualquiera de los dos, un digno modelo que imitar.

Aunque no pueda decirse que los historiadores novísimos sigan exclusivamente el método de uno de los dos maestros, se encuentra casi siempre en ellos algo que les une á éstos y que permitiría se les considerase como discípulos suyos, si no fuera más lógico estimar la obra de Schlosser y de Ranke como la iniciadora de la Histografía moderna.

Su obra, pues, con mayor cordura indicando simplemente que esos dos maestros rompen por completo con el método antiguo, y que establecen las vías por donde debe continuar su camino la historiografía moderna. Es verdad que ninguno de los novísimos puede sostener la comparacion con Ranke ó con Schlosser, y que son éstos superiores á todos los que han venido

(1) Como prueba de su excesiva imparcialidad, basta recordar que es protestante, y que su Historia de los Papas ha sido traducida al frances por escritores ultramontanos. Hay que confesar tambien que la traduccion no ha sido hecha de muy buena fe y que trasforma en muchas ocasiones el sentido dado por Ranke.

despues, pero esta superioridad consiste principalmente en haber sido aquéllos los que han abierto el camino y los que han trazado el método que despues los modernos han seguido y perfeccionado.

Despues de los trabajos de Raumer sobre la Hohenstaufen, y de los de Stenzel, Leo y otros varios que pueden tenerse como extraños á la influencia de Schlosser y Ranke, encontramos que los nombres más célebres entre los modernos, son los de aquellos que han sabido aprovecharse del método y de la manera empleados por éstos. Se advierte tambien que los que con mayor seguridad pueden ser llamados discípulos de los dos maestros, han seguido siempre una direccion adecuada á la escuela á que pertenecen. Los discípulos de Schlosser, que estiman en mucho todos los elementos de la cultura, atienden tambien, por lo regular, á la política y á la historia de la literatura, como Häusser y Gervinus. Los de Ranke, por el contrario, siguen guardando un culto decidido á la historia pura, libre de toda otra influencia que pueda perturbar la crítica serena y objetiva que desean mantener á toda costa en el exámen frio y exacto de los hechos. Entre los reconocidos como discípulos de Schlosser, difícilmente encontraremos uno que no sea tan célebre por sus estudios literarios como por los meramente históricos; por eso son sus historias políticas más generales y más elevadas si se quiere, porque tienden su accion hácia todos los horizontes del Espíritu. Los de Ranke en cambio son más escrupulosos, y generalmente se distinguen por su mayor aplicacion en el estudio político, para cuyo fin no perdonan documento, archivo ó biblioteca que pueda suministrarles un nuevo dato, una breve noticia que aclare y explique la vida íntima de los hechos externos. Proceden en su empresa como si fueran hombres de Estado preocupados principalmente por lo político, á lo cual se preparan con profundos conocimientos técnicos, eligiendo los que más se acomodan á este fin, como el derecho, la economía política, la estadística, la psicología, etc., etc. Las historias que publican son, por esta razon, historias políticas, y como las componen con grandísima laboriosidad, suelen ser revolucionarias en el verdadero sentido de la palabra, porque por lo regular encuentran datos y documentos para negar creencias admitidas ya sin recelo alguno, como aconteció con la crítica hecha por Ranke de Guicciardini, y con el descubrimiento hecho por Sybel, de que las guerras de la Revolucion francesa habían sido buscadas por esta misma, afirmacion que aún está muy discutida y muy indecisa (1). En término general se puede decir que éstos son los descubridores, y aquéllos los generalizadores. De unos y otros vamos á hablar, empezando por los discípulos de Schlosser.

Luis von Häusser (1818-1867) es uno de los que deben ser cantados entre los discípulos de Schlosser, porque se halla animado, como aquél, del mismo entusiasmo y calor en la concepcion, y porque su estilo, si bien más culto y elegante que el del maestro, goza de la vida y de la energía que aquel supo imprimirle. Su obra principal es la historia de *Alemania desde la muerte de Federico el grande hasta la fundacion de la confederacion germánica*. Tanto por la manera interesante como entretiene la atencion en el difícil y complicado asunto que trata, como por la unidad constante que sostiene en la agrupacion de los hechos, es su obra una de las mejores de la historiografía moderna. Al ocuparse Häusser de la guerra de la independencia, lo hizo principalmente bajo el punto de vista político, é hizo la descripcion de los hechos de armas á grandes rasgos y en breve espacio. Esta falta la llena la obra de Enrique Beitzke (1798 1867), antiguo oficial prusiano, en su historia de *La guerra de la independencia*, obra por todos conceptos interesante, expuesta en estilo sério y levantado, en órden preciso y sistemático, y penetrada de un profundísimo sentido, tanto para las operaciones militares, como para las cuestiones políticas. Testigo ocular de aquella guerra, conservó en su pecho el entusiasmo que á la sazon impulsaba al pueblo aleman, y cifró toda su aspiracion en reproducir con caracteres imperecederos los grandes acontecimientos que agitaron á su patria, para lo cual se revistió de un criterio recto y justo, que honró los hechos de sus enemigos del mismo modo que los de sus antiguos compañeros de armas.

La historia del siglo XIX por Gervinus (1805-1871) empieza con el Congreso de Viena, y es como una continuacion á la de Häusser. Lo más notable, sin duda alguna, de esta obra es su introduccion, donde pinta á grandes rasgos la marcha de los pueblos europeos durante la Edad Media, y señala las leyes y principios que en su curso han determinado. Su historia, que ha quedado incompleta, y que él mismo cesó de publicar, tiene un valor relativo por el mentís que han alcanzado muchas de sus profecías, especialmente las que se refieren á Prusia; pero será en todo tiempo fuente copiosa donde el hombre pensador podrá examinar el movimiento europeo en período tan importante. Gervinus tenía grandes condiciones para ser un historiógrafo de primer órden, pero tropezaba con la dificultad de aplicarlas á épocas contemporáneas que le interesaban vivamente, y en las que era casi imposible conservar la imparcialidad que debe acompañar al verdadero historiador.

Prueba de su talento sintético y sistematizador lo da su historia de la poesía alemana. Así como Häusser buscaba siempre la relacion de los acontecimientos

(1) Para estimar y juzgar esta afirmacion y otras muchas de Sybel, es necesario conocer la notable crítica de la obra de Sybel hecha por Avenel en sus *Lundis Revolutionnaires*. Paris, 1875.

históricos con los otros factores de la cultura, Gervinus, como buen discípulo tambien de Schlosser, señala en su historia de la literatura alemana la íntima conexion de las producciones poéticas con los elementos históricos y políticos de su pueblo. El mérito de esta obra es comparado en Alemania con el de la Gramática de J. Grimm, porque así como éste fué el legislador de la lengua alemana, Gervinus lo fué de la literatura patria. Hasta entónces no había más que fragmentos ó estudios incompletos, y fué la obra de Gervinus la que presentó al pueblo aleman toda la riqueza que ocultaba su pasado, y toda la fecundidad que en su seno existía. Reunía además un criterio muy exacto para el exámen de las producciones estéticas, y mucho tino para determinar las influencias recíprocas que ejercen los grandes poetas. Sus estudios sobre Shakspeare demuestran toda la penetracion de su entendimiento para sacar y poner á la vista de todos los innumerables tesoros que contienen las obras del gran poeta inglés.

Siguiendo otra tendencia, encontramos á Droyssen (1808), que un tanto inclinado al método de Ranke, recarga, sin embargo, á sus trabajos históricos de consideraciones filosóficas muy profundas, si se quiere, pero que á veces oscurecen un tanto el asunto que trata. Su historia del Helenismo le dió ya mucho nombre y fama, y su traduccion de Esquilo y su biografía de Alejando el Magno le colocan entre los primeros escritores alemanes. Despues publicó su notable biografía del mariscal York von Wartenburg, y por último, la historia de la política prusiana que aún no ha concluido. En esta última obra, de gran mérito en verdad, ha prestado demasiada atencion á la parte filosófica, y esto ha traido por resultado que aquel estilo tan fácil y corriente de la historia del Helenismo, ha perdido mucho de su antigua flexibilidad y sencillez.

Jorge Waitz (1803), limitado principalmente á la historia particular y á la jurídica, es un antiguo discípulo de Ranke, al cual sigue bastante en sus exposiciones. Sus obras principales son: historia de la constitucion alemana, la de Schleswigs-Holstein y la de Lübeck. Es desde hace tiempo colaborador para la publicacion de los *monumenta Germaniæ*, y su influencia en Alemania es muy grande, más aún que por sus obras, por su célebre seminario histórico de Göttingen, donde se han formado y educado muchos de los que ya hoy gozan de nombre y de autoridad.

El representante genuino de la escuela que sigue á Ranke, es Enrique von Sybel (1817). Sus primeros escritos, historia de la primera cruzada, la del orígen del reino aleman, manifestaban ya un juicio penetrante y profundo, y grandes dotes para la exposicion histórica. Mas su obra fundamental y la que dió fama europea á su nombre, es la historia de la época de la revolucion. La aridez que por una parte tenian las obras alemanas que hasta entónces se habian ocupado en tan célebre acontecimiento, y el carácter limitado que tenian las hechas en Francia, que generalmente se reducen á la historia interna de la revolucion, preparaban de antemano el éxito que debia obtener su obra. Ocúpase ésta no sólo del estado de Francia ántes de la revolucion y del de Europa toda, sino de la influencia que en ésta ejerció aquel gran movimiento, y de la relacion constante de una y otra. Tuvo ocasion y medios de estudiar muchos documentos, despachos é informes que todavía no habian sido estudiados, y reunió á todas estas ventajas la de componer todos los hechos en una trabazon dialéctica, que de sí mismo va produciendo los sucesos unos de otros. Su estilo es firme y seguro, y determina con una precision matemática; le falta tal vez un poco de colorido y de localidad, pero en cambio domina de tal modo la lógica de los hechos, que se hace completamente impersonal en su descripcion y exposicion.

Fuera de la accion inmediata de estas dos escuelas, y formando como una fusion, y siguiendo este propósito, tal vez sin ánimo deliberado, encontramos á otros historiógrafos. Guillermo Giesebrecht (1814) ha procurado dar á su historia del imperio aleman un lenguaje más retórico y más estudiado que el que hasta entónces habia sido aplicado para la descripcion histórica. Esto da más realce y más tono á su obra, pero no es seguramente su lenguaje tropológico el que ha merecido los premios de Munich y Berlin, sino sus dotes favorables y sus nuevas investigaciones. La historia romana de Teodoro Mommsen (1817) nos demuestra que el lenguaje histórico debe ser elevado y culto, pero que para llenar su fin no necesita de la retumbancia que Geisebrecht quiere darle. La obra de Mommsen sale de la esfera comun en que hallamos á los historiadores alemanes, y se nos muestra como rompiendo el camino para una nueva era. El lenguaje, el estilo, el órden, están en su mejor manifestacion, y su obra sería imperecedera si el espíritu de sistema no le hubiera preocupado demasiado, y si hubiera dejado á su fria crítica campear en esa obra con alguna más holgura y no hubiera dominado el deseo de sistema. Hay que tener en cuenta que su Historia romana es realmente una obra de propaganda, y que por lo tanto nuestras exigencias deben tener cierto límite, pues el autor sólo ha tratado de hacer una historia popular de Roma. No es esta la obra de Mommsen que debe considerarse como fundamental, sino la que en estos momentos está publicando (1).

Hay tambien que añadir dos nombres más en esta nueva empresa. Ernesto Curtius y Max Duncker. El primero tiene una Historia de Grecia que es estimada

(1) En el núm. 68 de la REVISTA EUROPEA hemos tenido ocasion de leer una notable traduccion del Sr. Arrillaga, de un artículo crítico publicado por Bernays en la *Deutsche Rundschau*, con motivo de la obra novísima de Mommsen, el Derecho Político Romano.—J. P.

por muchos, como la Historia definitiva del pueblo helénico. Max Duncker (1812) ha hecho la de la Antigüedad, ocupándose en los dos primeros volúmenes del Oriente, y en los restantes de la Grecia. En sus obras no hace gala tampoco de un estilo ampuloso y entonado, sino que expone con sencillez y facilidad la vida toda del pueblo que describe, abarcándola en todas sus manifestaciones y no concretándose á su existencia meramente política. En los hechos humanos descubre leyes que sabe despues aplicar en los momentos oportunos, ofreciendo su historia la particularidad de ser muy profunda y muy filosófica en sus miras, sin ser de estas historias mitos que sólo sirven de colorete á los principios filosóficos de tal ó cual pensador, porque en la historia busca sus leyes y no la aplicacion de principios escolásticos. Ernesto Curtius (1814), convenientemente preparado por numerosos estudios clásicos sobre Grecia, era el destinado á sistematizar la historia del pueblo heleno, sirviéndose de todos los últimos descubrimientos filológicos y arqueológicos que faltaron á las obras de Grote y Droyssen. Su historia griega, que muchos honran con el epígrafe de «definitiva» ó «última,» es, por todos conceptos, una obra maestra, llena de observaciones profundas y escrita de una manera amena y agradable.

Entre los que han cultivado épocas más limitadas y el género biográfico, citaremos principalmente á Pertz, en su Biografía del baron de Stein; al célebre Federico Manuel von Hurter (1787-1865), tan memorable por su Historia del papa Inocencio III, como por su agitada y azarosa vida. David Federico Strauss sobresale tambien en sus trabajos biográficos, que en nada ceden por su talento artístico al crítico manifestado en su Vida de Jesus. Sus principales biografías son las de Schubert, Märklin, Frischlin, Reimarus; pero la más notable y la que puede servir de modelo é ideal á los que cultivan este difícil estudio, es la biografía de Ulrico von Hutten. Como *fragmentista*, merece una especial mencion Jacobo Felipe Fallmerayer (1790-1861) por sus *Fragmentos orientales*, donde pinta y describe con exquisito gusto y extraordinaria propiedad la vida íntima de esos pueblos; ingenio profundo y perspicaz, culto en sumo grado, supo por sus numerosos conocimientos ser respetado por los científicos con sus historias de Trapezunt y de Morea, y por su estilo claro y elegante, admirado por la muchedumbre. Gregorovius ocupa tambien un puesto importante entre los historiógrafos alemanes por su Historia de Roma en la Edad Media y por sus numerosos fragmentos sobre la Italia antigua y moderna. Tomando ya una extension más ámplia que la dada por los historiadores en general, existen las obras de Wachsmuth, Honneger y otros, que dan á éstas un título más oportuno al llamarlas Historia de la cultura. Otros no aplican este método á un pueblo todo, sino á un periodo dado, como ha hecho Haym, por ejemplo, en su celebrado estudio sobre Hegel y su época, ó como Von Treitschke á momentos de la política contemporánea.

La Historiografía política en Alemania presenta—como ha podido verse por los brevísimos rasgos que hemos hecho, y que no han podido ser tan detenidos como hubiéramos deseado—un estado de progreso, y mejor aún, de florecimiento, que vale tanto, cuanto que, como observa muy bien Flint, no progresa sola y separada esta rama política de la Historiografía, sino en relacion con otras, y particularmente con la religiosa, donde se han distinguido tanto, que sólo en una centuria de existencia que tiene, puede contar, «por cada historiador frances ó inglés, cincuenta tan buenos ó mejores (1).» Si pasamos á la Historiografía filosófica, hallamos que aquí solamente ha empezado á comprenderse la significacion de la historia de la filosofía y á aplicar el único método que puede tener. Hasta hoy cometian los historiadores de la Filosofía la falta de comenzar por el juicio de los sistemas que querían exponer, ó una vez expuestos, se les juzgaba en relacion al criterio filosófico del historiador. De aquí resultaban las exposiciones falsas y la aridez de ese estudio; hoy se sigue un método diferente. El historiador debe identificarse con lo que expone, asimilarse bien cuanto éste contiene, reproducirlo con fidelidad y hasta con amor, concretar despues los puntos capitales y pasar inmediatamente al sistema que le sigue, y repitiendo con éste aquel procedimiento, descubrir en el sistema posterior la crítica del que le antecede. De esta manera no peligra la verdad ni la objetividad de lo expuesto. Los grandes reformadores en este sentido son Kuno, Fischer, Zeller, Erdmann, Prantl y otros varios que, ya en monografías, ya en períodos reducidos, siguen este método, cuya mision es la Historiografía filosófica, que hasta ahora no había existido por razones que no es del caso manifestar.

Como prueba de que la correlacion de aquel progreso es general á todas las disciplinas de la Historiografía, vemos los adelantos de ésta en la literatura y bellas letras. Aquí existen las célebres historias de Hillebrand, Hettner, Scherr, Kurz, J. Schmidt, Gottschall, la misma de Koberstein y otros muchos, que, ocupándose de períodos más extensos ó más cortos, han esclarecido todo el rico engranaje de la joya más bella de Alemania, de su literatura.

Por último, como si estos momentos fueran los destinados para hacer cuentas del valor de todas las manifestaciones del Espíritu, se hace hoy la Historia de todo; se hace de la política, de la religion, de la filosofía, de la literatura, del Arte, por Müller, Lübeke, Schnasse y otros; de la Estética, por Schaller, Zim-

(1) Flint. *Philosophy of History*. Lond., 1874, tom. I, páginas 333 y 342.

mermann y Lotze; las ciencias naturales, la filología, la lingüística; todas las disciplinas de la ciencia encuentra su historiador en Alemania, historiador que es como el juez imparcial que examina su importancia, y juez que sólo en estos momentos de justicia y de imparcialidad podía existir. Para terminar, indicaremos que el resúmen de todos esos fallos históricos y el resultado de toda la historiografía alemana es hoy empresa de la Sociedad histórica de Baviera, que se ha encomendado la publicacion de las historias particulares de cada ramo del saber humano, en Alemania, cuyos servicios serán de eterna memoria y de grandísima utilidad para el estudio del desenvolvimiento del espíritu humano.

José del Perojo.

DOS PALABRAS SOBRE EL KRAUSISMO.

Sr. D. Francisco de P. Canalejas.

Mi distinguido amigo: ¡Gracias á Dios que, al fin y al cabo, el Krausismo, representado por uno de sus más doctos intérpretes, depone su tradicional desden y se digna descender al palenque de la prensa para defenderse de los ataques de sus adversarios! Con singular constancia lo estuvo impugnando un dia y otro dia el Sr. Orti y Lara, ya desde las columnas de *La Alhambra*, de Granada, de *La Razon católica* y de *El Pensamiento español*, ya dando á luz folletos como el titulado *Krause y los krausistas convictos de Panteismo*, ó libros como las *Lecciones sobre la filosofía panteística de Krause*. Acerados dardos le dirigieron tambien el presbítero Sanchez en *La Concordia*, y el Sr. Navarro Villoslada en su famosa serie de artículos acerca de *Los Textos vivos*. Por último, el Sr. Caminero ha publicado en la *Revista de España*, pocos años há, su *Exámen crítico del Krausismo*, que contiene objeciones nada despreciables en verdad. El Krausismo, sin embargo, no se daba por entendido; permanecía encerrado en sus tiendas, sin salir nunca á vindicarse y dar al público la razon y fundamento de sus doctrinas, tan tenazmente combatidas. El Sr. Campoamor ha logrado atraerle á campo abierto con su bizarro prólogo á las *Dudas y Tristezas* del Sr. Revilla. Aunque el tal prólogo no tuviera otros méritos, esta sola circunstancia bastaria para hacerle, á mis ojos, digno de especial encomio. Por tan feliz resultado felicito cordialmente á mi ilustre amigo el señor Campoamor, y más que al Sr. Campoamor, á la causa de la verdad y de la ciencia, vivamente interesada en que las doctrinas erróneas pasen por el crisol de una discusion severa, si cortés y desapasionada.

¿Llevará usted á mal que, impulsado de tales sentimientos, me permita tomar una vela, siquiera sea pequeñita, en esta procesion, como vulgarmente decimos? No presumo de competente, ni mucho ménos, para ilustrar y decidir las temerosas cuestiones que el Krausismo, como todos los sistemas filosóficos, plantea y resuelve á su manera; ni tampoco es mi ánimo presentarme como auxiliar del Sr. Campoamor, á quien sobran recursos de ingenio y doctrina para sostener gallardamente su bandera. Mis deseos son harto más modestos.

Anhelando que la controversia iniciada se mantenga en la region severa de las ideas, conforme á la máxima de San Agustin: *Diligite homines, interficite errores*, que siempre he profesado y practicado, y siempre será mi lema en esta clase de lides, Dios mediante; y creyendo, al propio tiempo, que conviene dar á la polémica mayor amplitud, no ciñéndola á un solo punto, sino extendiéndola á todas las doctrinas capitales del Racionalismo armónico;—me ha parecido que en algun modo podría contribuir á la consecucion de esos importantes fines el proponer á usted, por via de consulta y como quien solicita superiores luces, algunos de los muchos reparos que con insistencia se formulan en mi espíritu contra ciertas sentencias fundamentales del Krausismo. No tema usted, empero, que fatigue su benévola atencion con prolijo discurso. Fácil sería dar proporciones de artículo á esta carta, ora trazando á grandes rasgos la historia del Krausismo en España, variada, curiosa é interesante bajo muchos aspectos (1), ora amplificando mis argumentos con

(1) Para quien se proponga escribirla, tal vez no sea del todo inútil el siguiente sumario, aunque de seguro muy imperfecto:

I. *El Krausismo hasta la Revolucion de Setiembre.*—Alvarez Guerra, precursor del Krausismo en 1837 con su *Unidad simbólica*.—Viaje de Sanz del Rio á Alemania en 1842.—Balmes impugna á Ahrens.—Navarro Zamorano traduce su *Derecho natural*.—Regreso de Sanz del Rio; su correspondencia con Revilla; su entrada en el profesorado oficial: publica el Weber con el apoyo de Tejada y otros personajes conservadores; frutos de su enseñanza pública; se constituyen en discípulos suyos Pastor y otros sujetos notables; su enseñanza privada, sus íntimos.—Fernandez y Gonzalez (D. Francisco) en Granada.—Oposicion de Ortí y Lara al Krausismo.—El Krausismo en el Ateneo y en el *Círculo filosófico y literario de Madrid*.—Id. en la prensa; diarios y revistas en que reina su criterio.—Cartas de Sanz del Rio en vindicacion de su religiosidad.—Castro (D. Federico) en Sevilla; discusiones entre krausistas y hegelianos.—El Krausismo en Cuba.—Discurso de Gonzalez Bravo en la Academia española.—El premio Hermida.—Canalejas y Salmeron entran en el profesorado oficial.—Conversion de D. Fernando de Castro al Krausismo.—Los *Textos vivos*.—Separacion de Sanz del Rio y de otros catedráticos de Madrid.

II. *El Krausismo desde la Revolucion de Se-*